
Material recopilado por
Héctor "Piolín"
Villaña para su
programa de radio
"Tiempo de Yupanqui"
en Radio Río Tercero.

Más material en:

www.graciasatahualpa.com.ar

e-mail:

hectorvillafane@graciasatahualpa.com.ar



Relatos 9

Cerro Colorado:

Don Ata dijo una vez: "si yo vivo siempre en un hotel confortable y no voy nunca a Cerro Colorado, aunque hable mucho de la vida al aire libre, significaría que en algo estoy mintiendo".

En esa pequeña comarca de hombres sencillos, entre esos cerros que albergan enigmáticas pinturas rupestres, levantó hace años su casa don Ata. Yupanqui gustaba refugiarse en Cerro Colorado, como lugar síntesis de su querencia.

Esta región del norte cordobés, de piedras antiquísimas y extrañas, con las bellamente arcaicas litografías en sus cerros, que allá por 1903 descubriera el escritor Leopoldo Lugones durante una excursión por esas sierras en donde encontró sosiego y paz, que son un compás de espera en el camino, para escuchar enseguida el viento del horizonte que siempre está más allá... allí acaso su inspiración toma el vuelo de esos cóndores de alas abiertas, largo cuello y pico poderoso, representados en las litografías rupestres en las dos grandes cuevas del cerro.

El decreto por el cual se declara el valor histórico del yacimiento de los 482 motivos pictográficos dice: "que el yacimiento arqueológico del Cerro Colorado, cuyas numerosas grutas encierran enorme cantidad de pictografías rupestres, puede considerarse en su género el más importante de América".

Fue declarado monumento histórico en 1961. Y recientemente fue propuesto para que la "Unesco" lo declare patrimonio de la humanidad. Ojalá que ello ocurra y contribuya a salvar del destrozo estas reliquias.

Dicen que en Cerro Colorado se mide el tiempo por la aparición de las cabras o la luz del sol que al amanecer tiñe la ladera de los cerros. El camino de pronto se abre ofreciendo dos porciones: hacia un lado la casa del Indio Pachi, que supo cantar muy lindo y componer canciones; hacia el otro lado la casa de don Ata, a la vera de un río, que por lo exiguo más bien parece un arroyo.

Allí Atahualpa, de vuelta de tantos y tantos lugares lejanos, regresa a los orígenes, para meditar silenciosamente en los eternos misterios de la tierra y de sus hombres.